

La humanidad amenazada

Daniel Innerarity

Como dice Ulrich Beck, a diferencia de otras civilizaciones anteriores, nosotros no podemos imputar todo aquello que nos amenaza a causas externas; las sociedades están confrontadas a ellas mismas, a la producción de aquello que no desean. Explicar esta propiedad contrasta con nuestro sentido común, que tiende a establecer causalidades netas, distingue los sujetos de los objetos, piensa en términos de jerarquía y entiende la defensa con categorías de protección espacial. Para identificar y comprender la naturaleza de las amenazas en un mundo que es de todos y de nadie se exige un esfuerzo “metaforológico”. Voy a proponer aquí tres metáforas para corregir nuestra manera habitual de pensar estos asuntos. Comienzo con la idea de que el mundo puede explicarse a partir de ciertas propiedades gaseosas, mejor que líquidas; en segundo lugar, analizo las propiedades y efectos de esa superposición en la que nos

encontramos cuando rigen las lógicas de la interdependencia; y finalmente sostengo que nuestro mundo carece de alrededores, en el sentido de que, de hecho, nada queda fuera, al margen o completamente aislado, y como principio normativo que nos impide considerar nada como absolutamente exterior. Entre estados gaseosos, realidades contagiosas y espacios que no se cierran nos jugamos la comprensión del mundo en el que vivimos, tan necesaria para hacer algo razonable con él.

1. Un mundo gaseoso

300 Tal vez a las metáforas también las cargue el diablo y por eso, quien pone una metáfora en circulación, al mismo tiempo que ilumina determinados aspectos de la realidad termina comprobando sus limitaciones. Del mismo modo que no hay luz sin sombras, tampoco hay metáfora brillante que no deslumbre ocasionalmente y nos impida percibir algunas dimensiones de la realidad que se pretendía explicitar. Así le ocurre a la imagen de una sociedad que se hubiera vuelto “líquida” con la que el sociólogo Zygmunt Bauman ha caracterizado al mundo actual, el mundo de los flujos por contraposición a la rigidez de los Estados nacionales y los marcos tradicionales de gobierno. Según esta perspectiva, se habría modificado la relación a la geografía que funda la geopolítica tradicional y la cuestión central ya no sería tanto el control del espacio geográfico como el control de tales flujos líquidos.

Ahora bien, por seductora que resulte la metáfora de la liquidez, con ella no podemos describir adecuadamente, a

mi juicio, toda la realidad de los actuales procesos sociales; esta es la razón por la que fracasan los intentos reguladores de los Estados y los organismos internacionales, como se comprueba reiteradamente en materia de control de la emigración, evasión de capitales o gobernanza del cambio climático, por poner sólo algunos de los ejemplos más elocuentes. Estamos topando con los límites de eso que se ha llamado “keynesianismo hidráulico”. La metáfora de la liquidez —debido al carácter homogéneo del elemento líquido— no consigue dar cuenta de las turbulencias mediáticas de dimensión planetaria —los *buzz*— que se crean en torno a un evento, inicialmente explosivas pero que rápidamente se desinflan; tampoco ilustra suficientemente el fenómeno de las burbujas financieras, la volatilidad económica y la especulación. Puestos a elegir una imagen elocuente, las burbujas de Sloterdijk (1998) tienen más fuerza explicativa para entender un mundo compuesto de fenómenos más atmosféricos que materiales, un mundo hecho de bulos, rumores, nebulosas, riesgos, pánico, especulación y confianza.

301

Las limitaciones explicativas suelen venir acompañadas por fracasos estratégicos; las teorías insuficientes se traducen en acciones ineficaces. Hace tiempo que sabemos que el control de los canales por los que transitan los intercambios no garantiza el control del contenido. Aunque Rusia, por ejemplo, controle una parte importante de los tránsitos mundiales del gas y del petróleo, apenas participa en la fijación final de sus precios en la plaza de Nueva York o Londres. Países o actores que no ejercen ningún poder fi-

sico sobre los canales de tránsito “líquidos” tienen una influencia considerable en la formación de tales precios. Hay una desconexión creciente entre los flujos comerciales, los flujos de capitales y los intercambios de divisas; la superioridad en volumen de estos últimos en relación con los productos sobre los que se basan, el crecimiento espectacular de los mercados de opciones y futuros o la especulación económica son fenómenos que se aproximan más a la irrealidad atmosférica que a la elasticidad líquida. También están cada vez más desconectados el valor intrínseco del “líquido” subyacente que circula por los tubos (el gas, los flujos financieros, las informaciones...) y el valor de uso para sus utilizadores finales, valor que puede “contractarse” o “explotar” en virtud de las oscilaciones especulativas.

302

El control de los canales no se ve siempre coronado por el éxito. Esto es especialmente patente cuando se intenta poner barreras a la emigración considerándola una cuestión de flujos y canales, como si olvidáramos que es un asunto que depende más bien de las condiciones económicas generales. La emigración no se produce porque hayas vías de paso entre un país y otro sino porque hay desigualdades que el movimiento de trabajadores tiende a reequilibrar como lo hace el espacio de las presiones atmosféricas. Por eso el control estricto de fronteras apenas modifica el resultado final de los flujos migratorios a los que no frena ninguna barrera sino tan sólo el desinflarse de las oportunidades económicas.

Más que un mundo líquido, el proceso de globalización ha conducido a un “mundo gaseoso”. Esta metáfora responde mejor a la realidad de los actuales mercados finan-

cieros y al mundo de los medios que se caracterizan, como los volúmenes que se contraen y se expanden del estado gaseoso —por ciclos de expansión y contracción, de crecimiento y recesión—, que no tienen un volumen constante. Lo gaseoso responde mejor a los intercambios inmateriales, vaporosos y volátiles, muy alejados de las realidades sólidas que caracterizaba eso que nostálgicamente denominamos economía real, pero también más complejos que el discurrir de los flujos líquidos. Es una imagen muy apropiada también para describir la naturaleza cada vez más incontrolable de determinados procesos sociales, el hecho de que todo el mundo financiero, mediático y comunicativo se base más sobre la información “gaseosa” que sobre la comprobación de hechos.

303

En el nuevo contexto de este mundo gaseoso, la posibilidad de los Estados o los organismos internacionales para organizar los procesos es tan deseable como difícil. La metáfora propuesta puede ayudarnos a comprender el por qué de esta complejidad. Es más difícil controlar las emanaciones gaseosas que la circulación de un líquido. El gran problema político del mundo contemporáneo es cómo organizar lo inestable. Para ello no basta con controlar los contenedores y los canales de transmisión, ya que una parte cada vez mayor de los intercambios se realiza más allá de las vías tradicionales y su valor de uso depende crecientemente de las condiciones particulares impuestas por el utilizador final.

Toda tentativa de regulación debería centrarse en actuar sobre las *condiciones* y los *contextos* que provocan la ex-

pansión o la contracción de estos fenómenos especulativos gaseosos. La tarea política fundamental es crear un *ambiente de mercado* cuyos parámetros esenciales puedan ser gobernados de alguna manera. La clásica acción rígida de la *canalización* debería ser sustituida por una *configuración* flexible que, como hace el campo magnético con las partículas eléctricas, se ejerce a distancia definiendo los límites dentro de los cuales los movimientos son libres y no controlados. Esta flexibilidad permitiría conciliar las libertades individuales con las regulaciones que parecen necesarias para que esos movimientos libres no destruyan sus condiciones de posibilidad, el sistema dentro del cual pueden ejercerse sin provocar situaciones catastróficas.

304 En estas condiciones, el efecto de atracción es tan mecánico como funcional: el flujo que va de un lugar a otro es tan banal como los vientos que operan entre dos campos de diferente presión. A este nivel se podría hablar de regulación, como lo testimonia la historia europea del siglo XIX y la actual necesidad de reequilibrio demográfico a escala internacional.

2. La exposición universal

Las principales preocupaciones que tiene hoy en día la humanidad no son tanto males concretos como amenazas indeterminadas. No nos inquietan peligros visibles sino riesgos difusos que se podrían extender a cualquier sitio y en el momento menos imprevisto, y para los que no tenemos protecciones suficientes. Por supuesto que hay peligros concretos que podemos identificar, pero lo que más

nos preocupa, por ejemplo, del terrorismo es su carácter imprevisible; lo inquietante de la economía actual es su volatilidad, es decir, la debilidad de nuestros instrumentos para protegernos de la inestabilidad financiera; en general, muchos de nuestros malestares se deben a lo expuestos que estamos frente a amenazas que solo podemos controlar parcialmente. Nuestros antepasados habitaban en un entorno más peligroso pero menos arriesgado; seguramente vivieron en una miseria que hoy nos resulta intolerable, mientras que nosotros estamos expuestos a unos riesgos que ellos no conocieron. Si a nosotros nos cuesta entender la naturaleza de estos riesgos, a ellos les hubieran resultado literalmente inconcebibles.

Pensemos en todo lo que tiene que ver con los efectos del cambio climático, los riesgos de la energía nuclear, las amenazas terroristas (tan diferentes cualitativamente de los peligros de la guerra convencional), los efectos colaterales de la inestabilidad política, las repercusiones económicas de las crisis económicas, las epidemias que tienen su condición de posibilidad en la movilidad de las personas y los alimentos, las hasta hace poco desconocidas consecuencias de la financiarización de la economía, la propagación de los rumores, la desconfianza o el pánico, que es tan veloz e incontrolable como la velocidad de las informaciones... En todos estos fenómenos experimentamos la parte más preocupante de la interdependencia general que caracteriza al mundo globalizado: contagio, encadenamientos, contaminación, turbulencias, toxicidad, inestabilidad, fragilidad compartida, afectación universal, superexposición.

Se podría hablar del carácter epidémico de la sociedad contemporánea (Lemarchand, 2003; Neyrat, 2004). En el origen de nuestros malestares se encuentra ese “miedo pánico de un flujo que desbordaría todos los códigos”, al que se referían Deleuze y Guattari hace ya unos años y que el paso del tiempo no ha hecho sino acrecentar (1972, p. 164).

306 ¿Cuál es la causa de este sentimiento de estar tan expuestos y su correspondiente malestar? Esa inquietud se la debemos a la realidad de nuestra mutua dependencia, algo que por cierto también nos ha procurado muchos beneficios. Hablar de interdependencia es una manera de referirse al hecho de que estamos expuestos de una manera que no tiene precedentes, sin un adecuado seno protector. Interdependencia equivale a dependencia mutua, intertemperie compartida. Vivimos en un mundo en el que “*all things hang together*”, o, por decirlo con lenguaje leibniziano, “todo conspira”. No hay nada completamente aislado, ni existen ya “asuntos extranjeros”; todo se ha convertido en doméstico; los problemas de otros son ahora nuestros problemas, que ya no podemos divisar con indiferencia o esperando que se traduzcan necesariamente en provecho propio. Este es el contexto de nuestra peculiar vulnerabilidad. Las cosas que nos protegían (la distancia, la intervención del Estado, la previsión del futuro, los procedimientos clásicos de defensa) se han debilitado por distintas razones y ahora apenas nos suministran una protección suficiente.

Podríamos afirmar sin exageración que se han acabado las grandes distinciones entre el afuera y el adentro, entre la naturaleza y lo humano, entre lo propio y lo ajeno; o, si se

quiere formularlo con una afirmación más aceptable, el final de esas distinciones en tanto que distinciones netas y no controvertidas. “*Les grands partages*”, que según Latour han organizado hasta ahora nuestros espacios de vida, deben ser pensados como dimensiones que se entreveran, dando lugar a lógicas en parte inéditas (Latour, 1999). Es lo que Ulrich Beck denominaba la desaparición del concepto de “entorno”: no hay manera de expulsar hacia el exterior lo indeseable de nuestras acciones, que terminará afectándonos en un efecto boomerang. Podríamos definirlo como la auto-afectación constitutiva del mundo moderno.

Tal vez no hayamos sacado todas las consecuencias geopolíticas que se derivan de estas nuevas lógicas que nos hacen tan dependientes unos de otros. En un mundo así enredado ni siquiera el más poderoso está suficientemente protegido: la lógica de la hegemonía choca con el hecho de que, aunque el pequeño no haya sido nunca despreciable, los actuales fenómenos de fragmentación y autonomización crean situaciones de asimetría y desequilibrio que no son siempre favorables al juego del poderoso. El débil, cuando está cierto de que no va a ganar, puede dañar al más fuerte e incluso hacerle perder finalmente. Mientras que, en el orden westphaliano, la ley era el peso específico de cada uno de los Estados; en un mundo de interdependencias el más fuerte es continuamente el rehén del más débil: en su seguridad, en su salud, en su estabilidad económica o en la protección de “su” medio ambiente. Todos están expuestos a los efectos del desorden y las turbulencias que se desarrollan en la periferia.

Cuando las fronteras se desdibujan de manera que no es fácil determinar dónde está lo propio y lo extraño, cuando los fenómenos circulan y se expanden a gran velocidad, cuando no hay acción sin réplica, es lógico que el problema de las amenazas y las protecciones se plantee con la mayor imperiosidad, aunque a veces sea de modo delirante. En ausencia de protecciones globales y a la vista de la débil protección que proporcionan los Estados, los individuos buscan microesferas inmunológicas como muros, coches, estigmatizaciones del otro, proteccionismos, segregación... De aquí surge toda esa política paranoica que busca fronteras, que se empeña en recuperar la vieja distinción entre el afuera y el adentro, las insularidades autistas que pretenden la inmunidad total.

308

El problema es que ciertos mecanismos de defensa son peligrosos, que resultan potencialmente autodestructivos cuando quieren proteger. Las burbujas autistas corren el riesgo de transformarse en protecciones redundantes que provocan desastres similares a aquellos que pretenden conjurar. Pensemos en la asociación peligrosa de medicamentos, guerras preventivas que se pierden, muros que más que protegernos contra el mal nos aíslan del bien y exacerban el odio al otro. Tal vez lo que mejor ilustre este vínculo paradójico entre superexposición y sobre-inmunización, la lógica de las protecciones nocivas, sea la descripción del hombre occidental como un ser sometido a la tensión del automobilista, a esa condición doble, ambivalente, entre sensación inmunitaria y exposición máxima (Brosat, 2003, p. 95).

¿Cómo despertar de este sueño inmunológico? ¿Cómo protegerse sin auto-destruirse? Entre los riesgos de la “inmuno-política” (Sloterdijk, 1998; Esposito, 2002) está la destrucción de la comunidad, de la puesta en común, mediante la asimetría de las protecciones. En la dualización social entre los inmunes y los máximamente expuestos se expresa la peor de las desigualdades. La comunidad se destruye cuando no hay reciprocidad e interacción porque una comunidad es una cierta comunidad de riesgos. En una sociedad excesiva y desigualmente protegida, en vez de comunidad lo que tenemos son distintas esferas de auto-protección que permiten “poner al otro a distancia” configurando así una suerte de “cuerpos intangibles” (Brossat, 2003, p. 15).

309

Pero hay, además, una cuestión de principio que revela las paradojas de toda inmunidad. Quien quiera protegerse debe empezar por limitar el alcance y extensión de sus dispositivos de defensa, si no quiere destruirse a sí mismo en el caso de que los mecanismos de defensa vayan más allá de la destrucción de los elementos supuestamente patógenos; deberá, por tanto, “protegerse contra su propia protección, su propia policía, su propio poder de rechazo, su propio aislamiento, es decir, contra su propia inmunidad” (Derrida, 2001, p. 67). El mal absoluto, dice Derrida, sería la inmunidad total, el éxito de las protecciones, que equivaldría a una autodestrucción. El mal absoluto es el fracaso de la indemnización absoluta, o sea, su éxito total.

Esta situación de superexposición en buena parte inédita y por eso suscita numerosos interrogantes para los que

no tenemos las oportunas respuestas. ¿De qué naturaleza pueden ser las protecciones en un mundo así?

Debemos superar, de entrada, la tentación de producir esferas de seguridad herméticas; la estanqueidad absoluta es imposible y la ilusión de esa imposibilidad exige una energía considerable. Aprendamos del organismo humano, que dispone de unos procedimientos de protección muy sofisticados, pero menos rígidos de lo que solemos suponer o de lo que en principio deseáramos. Y es que debemos nuestra singular supervivencia a la flexibilidad de nuestras defensas.

310 Si la ecología nos ha suministrado el modelo de pensamiento sistémico, podríamos pensar en una ecopolítica global que tuviera en cuenta alguna de sus propiedades. Para empezar, conviene caer en la cuenta de que el organismo humano tiene diez veces más micro-organismos simbióticos que sus propias células. Cabría incluso decir que el organismo es más exógeno que endógeno. Hay una verdadera simbiosis en el caso de las bacterias del intestino que son indispensables para la digestión; ciertos micro-organismos que toleramos desempeñan igualmente una función inmunitaria. No tiene ningún sentido, por tanto, considerar las bacterias como exterioridades peligrosas y la inmunidad del organismo como una lucha a muerte contra lo distinto de sí. Por el contrario, pensar la inmunidad a partir de los fenómenos de tolerancia, interacciones e internacionalizaciones habituales significa afirmar que el organismo no está separado de su entorno y protegido absolutamente frente a sus influencias. Lo que podríamos llamar barre-

ras —como la piel o las mucosas— son más lugares de intercambio que de aislamiento. El organismo no solo es capaz de interiorizar seres exteriores, sino que esta interiorización es necesaria para su preservación, para su funcionamiento normal, su inmunidad.

Por supuesto que no hay vida posible sin protección. Si las burbujas autistas son peligrosas, la pura exposición a todo lo que viene es impensable. Pero las protecciones son eficaces cuando permiten cierto tipo de relación y son integradas en procesos de construcción de lo común.

No es extraño que una globalidad vulnerable, contagiosa, dispare inevitablemente estrategias de prevención y protección, que no siempre son eficaces ni razonables, que se traducen con frecuencia en movimientos histéricos, miedos infundados y reacciones desproporcionadas. Muchas de nuestras actuales estrategias de defensa —cuyo icono por antonomasia podría ser la construcción de barreras— o son literalmente ineficaces o despiertan unos sentimientos de miedo y xenofobia que terminan por hacernos más daño como sociedades que aquello de lo que quisiéramos protegernos. En la época del calentamiento climático, bombas inteligentes, ataques digitales y epidemias globales, nuestras sociedades deben ser protegidas con estrategias más complejas y sutiles. No podemos seguir con procedimientos que parecen ignorar el entorno de interdependencia y la común exposición respecto de estos riesgos globales.

Debemos aprender una nueva gramática del poder en un mundo que está constituido por más bienes y males comunes que intereses propios. Estos no han desaparecido, por

supuesto, pero resultan indefendibles fuera del marco del juego común en el que todos estamos implicados. Mientras que el antiguo juego del poder promovía la protección de lo propio y la despreocupación por lo ajeno, la superexposición obliga a mutualizar los riesgos, a desarrollar procedimientos cooperativos, a compartir información y estrategias. Hay que profundizar en ese debate que apunta hacia la gobernanza global, el horizonte que la humanidad debe perseguir hoy con la mayor de sus energías. Suena duro pero no tiene nada que ver con el pesimismo: gobernar los riesgos globales es el gran imperativo de la humanidad si no queremos que la tesis del final de la historia se verifique, no ya como apoteosis de una placida victoria de la democracia liberal sino como el peor fracaso colectivo.

312

3. Un mundo sin alrededores

Tal vez la primera formulación de la idea de globalización se la debemos a Kant cuando advertía que, dada la superficie esférica de la tierra, todos nos acabamos encontrando: los seres humanos no pueden ser dispersados indefinidamente, por lo que no tienen más remedio que tolerar la compañía de otros. Si el mundo tuviera otra forma, sería posible la dispersión, la protección de unos contra otros, el aislamiento o la exclusión definitiva (Kant, 1968, 6, 358). El hecho de que todo esté conectado con todo nos invita a considerar el mundo como un sistema unificado (lo que no excluye asimetrías y disfunciones), en el que las iniciativas generan resistencias, la separación entre lo de dentro y lo

de fuera se vuelve problemática y todos estamos expuestos a la misma intemperie.

Seguramente debemos esta conciencia de compartir una suerte común a la presencia de riesgos que nos amenazan igualmente y relativizan la distinción entre lo particular y lo común. Del mismo modo que dichos riesgos indeseados no respetan las delimitaciones ni los ámbitos competenciales, el mundo común se constituye como una supresión de la diferencia rígida entre lo propio y lo ajeno; cada vez resulta más inservible la contraposición entre el interés particular y el común, del mismo modo que se desdibuja la contraposición entre el aquí y el allí. Puede explicarse esta curiosa constelación con la metáfora de que el mundo se ha quedado sin alrededores, sin márgenes, sin afueras, sin extrarradios (Innerarity, 2004, p. 119-27). Global es lo que no deja nada fuera de sí, lo que contiene todo, vincula e integra de manera que no queda nada suelto, aislado, independiente, perdido o protegido, a salvo o condeñado, en su exterior. El “resto del mundo” es una ficción o una manera de hablar cuando no hay nada que no forme de algún modo parte de nuestro mundo común. En un mundo sin alrededores la cercanía, lo inmediato deja de ser la única magnitud disponible y el horizonte de referencias se amplía notablemente. La tiranía de la proximidad se relaja y otras consideraciones entran en juego. Se podría formular esto con una exacta expresión de Martin Shaw: “there are no others” (1996). Para Beck globalización significa igualmente la experiencia de la autoamenaza civilizatoria que suprime la mera yuxtaposición plural de pueblos y cultu-

ras, y los introduce en un espacio unificado, en una unidad cosmopolita de destino (2002, p. 37-8). Y David Held habla, en un sentido muy similar, de “comunidades con destinos solapados” (2000, p. 400; Albrow, 1996; Robertson, 1992) para indicar que la globalización de los riesgos suscita una comunidad involuntaria, una coalición no pretendida, de modo que nadie se queda fuera de esa suerte común.

314 La supresión de los márgenes implica el final de dos operaciones habituales que son como dos caras de la misma moneda: asegurar la inmunidad propia y desplazar lo indeseado hacia los márgenes. Cuando existían los alrededores había un conjunto de operaciones que permitían disponer de esos espacios marginales. Cabía huir, desentenderse, ignorar, proteger. Tenía algún sentido la exclusividad de lo propio, la clientela particular, las razones de Estado. La desaparición de los alrededores, en la medida en que anula la distinción entre lo interior y lo exterior, se traduce en la pérdida de una zona franca desde la que observar con tranquilidad el naufragio de los demás; significa, por tanto, el final de toda garantía inmunitaria. Hace difícil y precaria aquella perimetrización, sea espacial o temporal, que nos permitiría ponernos a resguardo frente a determinados problemas.

Por otro lado, cuando disponíamos de alrededores, casi todo podía resolverse con la sencilla operación de externalizar el problema, traspasarlo a un margen, fuera del alcance de la vista, en un lugar alejado o hacia otro tiempo. Un alrededor es precisamente un sitio donde depositar pacíficamente los problemas no resueltos, los desperdicios, un

basurero. La teoría moderna del Estado nacional soberano se configuró expresamente desplazando el problema del desorden hacia afuera: Hobbes aseguraba el orden interno con un concepto de soberanía que suponía “exportar” la anarquía hacia el exterior, configurando así un sistema internacional competitivo y excluyente.

Tal vez pueda formularse con esta idea de la supresión de los alrededores la cara más benéfica del proceso civilizador y la línea de avance en la construcción de los espacios del mundo común. Sin necesidad de que alguien lo sancione expresamente, cada vez es más difícil “pasarle el muerto” a otros, a regiones lejanas, a las generaciones futuras, a otros sectores sociales. La globalización supone la imposibilidad de expulsar al otro a un más allá fuera de nuestro alcance. **315** Nuestros mejores progresos tienen la forma de una obligación de interiorizar y nos prohíben la externalización.

Esto es así porque un mundo sin periferia es un mundo que se ha configurado sistémicamente, es decir, desde la conciencia de que a toda iniciativa le corresponde un principio de resistencia, no hay acción sin reacción, intención sin efectos secundarios, decisión sin protesta, soberanos que no sean observados, nadie que sea completamente pasivo o mero destinatario; quien actúa en un mundo global e interdependiente está confrontado a las consecuencias de lo que hace de una manera especialmente intensa. Es la hora de la cooperación, pero también de los impedimentos recíprocos. A quien se reclama cooperación se le ha reconocido al menos capacidad de impedir, que es la forma más elemental de la soberanía.

En la base de este reequilibrio del mundo se encuentra la quiebra de toda dicotomía rígida entre el interior y el exterior. No hay que olvidar que los bienes colectivos de cuya provisión se encargaban los Estados nacionales han sido definidos como aquellos de cuyo uso y disfrute no pueden ser excluidos los “*insiders*” y que disponen al mismo tiempo de procedimientos para autorizar la exclusión de los “*outsiders*” (Olson, 1971). Los sistemas complejos, en cambio, se caracterizan por “*overlapping memberships*” y “*cross-cutting affiliations*”. De ahí que ultimamente hayan surgido multitud de debates que sólo pueden plantearse tras el debilitamiento de las tradicionales delimitaciones entre lo de dentro y lo de fuera. Después de haber desarrollado toda una nueva legitimación de las intervenciones militares o de la ayuda humanitaria, por ejemplo, tras las intensas discusiones en torno a las regulaciones transnacionales o la jurisdicción universal, ya se habla incluso de un “derecho de ingerencia monetaria” que, teniendo en cuenta la realidad de la globalización, pudiera regular el mercado mundial de crédito.

Todas estas circunstancias suponen, al mismo tiempo, una extraordinaria ampliación de lo que ha de considerarse como espacio público y una inédita dificultad de configurar espacios comunes para los que no disponemos actualmente de instrumentos adecuados. Esta complicación tiene su origen en la transformación más radical que realiza un mundo que anula tendencialmente sus alrededores, a saber: la dificultad de trazar límites y organizar a partir de ellos cualquier estrategia (organizativa, militar, política, econó-

mica...). En el mejor de los casos, cuando sea posible delimitar, ha de saberse también que toda construcción de límites es variable, plural, contextual, y que éstos deben ser definidos y justificados una y otra vez, de acuerdo con el asunto de que se trate. Su consecuencia inmediata es que continuamente se mezclan en cualquier actividad lo interior y lo exterior. Ahora se afirma como una verdad indiscutida —y probablemente sin haber extraído todas las consecuencias que de ello se derivan— que no hay problema importante que pueda ser resuelto localmente, que propiamente hablando ya no hay política interior como tampoco asuntos exteriores, y todo se ha convertido en política interior. Aumenta el número de problemas que los Estados sólo pueden resolver cooperativamente, al mismo tiempo que se fortalece la autoridad de las organizaciones transnacionales y pierde legitimidad el principio de no intervención en asuntos de otros Estados. Se han vuelto extremadamente difusos los límites entre la política interior y la política exterior; factores “externos” como los riesgos globales, las normas internacionales o los actores transnacionales se han convertido en “variables internas”. Nuestra manera de concebir y realizar la política no estará a la altura de los desafíos que se le plantean si no problematiza la distinción entre “dentro” y “fuera,” entre “nosotros” y “ellos,” como conceptos que son inadecuados para gobernar en espacios deslimitados (Grande y Risse, 2000, p. 251).

317

El mundo es ya un conjunto de destinos entrecruzados, de espacios que se solapan, una implicación involuntaria de la que resultan vecindades insólitas y espacios donde

se juega un destino común. Nuestros destinos están implicados hasta tal punto que compartimos una suerte común. La mundialización es una mezcla de bienes y oportunidades comunes, que nos potencia a todos y nos hace máximamente vulnerables. Es algo que se hace especialmente doloroso en los males comunes que, como las catástrofes, no conocen límites ni se detienen ante ninguna barrera. Aquí se manifiesta otra de nuestras más asombrosas paradojas: que hayamos adquirido el sentido de unidad del género humano más ante lo malo que en vistas a lo bueno, es decir, ante los problemas globales como la paz y la guerra, la seguridad, el medio ambiente, la contaminación, el cambio climático, los riesgos alimentarios, las crisis financieras, las migraciones o los efectos de las innovaciones técnicas y científicas. Por eso se ha podido hablar del riesgo como factor potencialmente unificador (Habermas, 1996) o de la fuerza productiva y movilizadora de los peligros (Jonas, 1979). Son las consecuencias del experimento civilizatorio de la humanidad las que nos sitúan en un entramado de dependencias que nos obligan a tomar en cuenta los intereses de los otros si es que no queremos perjudicar los propios. Aunque la solución de estos problemas no deje de ser controvertida, son los conflictos mismos los que tienen una función integradora, en la medida en que ponen de manifiesto la necesidad de encontrar soluciones comunes o negociadas.

El punto de partida para construir un mundo de bienes comunes consiste en caer en la cuenta de lo que significa la implicación de los diversos espacios en un destino

que tiende a unificarse o, al menos, a sacudir cualquier delimitación de ámbitos y sujetos, tal como lo han pretendido siempre las lógicas nacionales. No se puede comprender la situación del mundo actual sin tomar en cuenta el carácter intrínsecamente polémico de la cuestión ¿quiénes somos nosotros? La globalización es un proceso que torna más compleja y más amplia la determinación de la propia identidad, más porosa y más entrelazada con otros destinos colectivos. En la era de la globalización —en la era de los destinos entrecruzados, de los efectos secundarios que a todos afectan— vuelve a tener plena validez aquella idea de Dewey (1988; Beck y Grande, 2004, p. 63) de que la política crea sus propios espacios públicos en función de lo que esté en juego en cada momento: las controversias políticas no surgen tanto en los lugares de decisión como en los diversos contextos en los que se perciben las consecuencias dramáticas de esas decisiones. Sea lo que fuera, un gobierno de la globalización tendría entonces que ser algo así como un régimen de las consecuencias secundarias, cuyos radios de acción no coinciden con los límites nacionales: el mundo público es más bien todo lo que se percibe como consecuencia irritante de las decisiones de la civilización.

319

Desde este punto de vista puede entenderse que la actual crisis económica ejemplifique muy bien el carácter de la globalización y la idea de que estamos en un mundo sin alrededores. De entrada, puede afirmarse sin exageración que probablemente sea la primera crisis económica verdaderamente global, en la que la globalidad ha agravado la crisis. Normalmente las relaciones económicas y financie-

ras tienden a jugar un papel moderador en las crisis nacionales. Los movimientos internacionales de capital y las variaciones de las tasas de cambio permiten atenuar el impacto inicial derivándolo parcialmente sobre el “resto del mundo”. Pero en el caso de una crisis global, por el contrario, no hay “resto del mundo” que pueda desempeñar esta función moderadora y la crisis no puede sino desplegar su lógica interna hasta el final. De hecho, ya se había observado que las crisis sincronizadas a nivel internacional eran más fuertes y más costosas económicamente que las otras crisis. Esto es aún más cierto para las crisis globales, en la medida en que no estamos dotados de instituciones capaces de gestionar esta globalización y sus riesgos.

320 Por otro lado, la crisis ha puesto de manifiesto la inconveniencia de distinguir lo de dentro y lo de fuera omitiendo su interacción. En el ámbito financiero, por ejemplo, la regulación bancaria se ha revelado como algo ineficaz debido a su naturaleza microprudencial, es decir, a que toma en cuenta el riesgo vinculado a la insolvencia de una entidad bancaria, pero no la insolvencia del sistema bancario en general (que tiende, por el contrario, a provocar). Las regulaciones han suscitado una distinción muy dañina entre balance bancario y productos fuera de balance. Lo “fuera de balance” ha actuado como un “alrededor” y esto, como hemos visto, ya no funciona. El sistema bancario puede ser afectado tanto por la explosión de riesgos interiores a su balance como por la explosión de riesgos exteriores a su balance, una vez que esta explosión sobrepasa una cierta amplitud y adquiere una dimensión sistémica. La búsqueda

del menor riesgo a cualquier precio, sea haciendo salir los riesgos del balance de los bancos (mediante la titulización y los productos derivados) o mediante exigencias de capital cada vez más elevadas, se expone a un fenómeno pernicioso de efectos indeseados.

Si la crisis tiene esta naturaleza, entonces está clara la necesidad de darle una respuesta sistémica y cooperativa. Los desequilibrios financieros se han debido, en buena medida, a la incapacidad de intercambiar información entre los reguladores, a que los Estados se hayan limitado —en el mejor de los casos— a yuxtaponer políticas nacionales, dejando a la crisis sin tratamiento global. Pero desde el fracaso en términos de cooperación que fue la causa real de la crisis del 29 sabemos que estamos en una nueva época en la que los Estados ya no están en condiciones de realizar sus intereses sin tomar en cuenta de algún modo los intereses de otros, que deben dejar atrás cuanto antes esa etapa en la que han tenido grandes dificultades para gestionar las interdependencias y las externalidades transnacionales. El horizonte de una gobernanza financiera se apunta cada vez más como una referencia ineludible, una vez advertido que el marco interestatal es incapaz, por insuficiente, de tratar eficazmente una crisis global y, de manera más general, de prevenir los desequilibrios económicos y financieros globales.

321

Todo ello nos conduce, en última instancia, a un replanteamiento de la legitimidad como inclusión. Las metáforas de la basura y la inmunidad apuntan a una misma exigencia de inclusión, de lucha contra las asimetrías, cuya in-

comodidad es creciente: la asimetría espacial entre la naturaleza territorial de los Estados y la naturaleza global de muchos de nuestros problemas; la asimetría temporal que nos aconseja adoptar una perspectiva intergeneracional a la hora de adoptar determinadas decisiones (todas aquellas que tienen que ver con la sostenibilidad) más allá de la fijación en la presente legislatura; la asimetría cognoscitiva que procede de la complejidad de las cuestiones políticas y obliga a realizar nuevos equilibrios entre el saber experto y las exigencias de participación. No es extraño que se intensifique la demanda para que disminuya la distancia entre los *decisionmakers* y los *shareholders*, entre los que deciden y los que son afectados por esas decisiones, de manera que se restaure la simetría entre los que actúan y los que padecen, que se reestablezca la congruencia entre la geografía política y la geografía económica.

Los procesos encaminados a politizar la globalización tienen la misma legitimidad que los de descentralización política y otros similares: en todos esos casos se trata de crear la posibilidad de incluir a quienes se ven afectados significativamente por una decisión. Todo impulso democratizador ha partido del escándalo de que hubiera decisiones vinculantes que no se habían adoptado entre todos. Y así es también en el caso de la mundialización, aunque sepamos que los procedimientos para democratizarla habrán de ser más complejos que aquellos que sirvieron para la configuración de los Estados nacionales. A este respecto David Held formulaba un “criterio de extensividad” que obligaba a calcular el alcance de las personas cuyas expectativas vita-

les son significativamente afectadas por determinada decisión (Held, 2005, p. 252). Y no parece aventurado asegurar que en el futuro se van a intensificar las discusiones acerca de la jurisdicción apropiada para tratar los bienes públicos, para impedir que tales asuntos sean decididos desde asimetrías inaceptables o pensando que la lógica del mercado es capaz de resolverlas.

Bibliografía

- ALBROW, Martin (1996). *The Global Age. State and Society beyond Modernity*. Cambridge, Polity.
- BECK, Ulrich y GRANDE, Edgar (2004). *Das kosmopolitische Europa. Gesellschaft und Politik in der Zweiten Moderne*. Frankfurt, Suhrkamp.
- BROSSAT, Alain (2003). *La démocratie immunitaire*. Paris, La Dispute.
- DERRIDA, Jacques (2001). *Foi et savoir*. Paris, Seuil.
- DEWEY, John (1927 [1988]). "The Public and its Problems". En *Later Works*, ed. por J. A. Boydston. Carbondale, Southern Illinois Press.
- ESPOSITO, Roberto (2002). *Immunitas*. Torino, Einaudi.
- GRANDE, Edgar y RISSE, Thomas (2000). "Bridging the Gap. Konzeptionelle Anforderungen an die politikwissenschaftliche Analyse von Globalisierungsprozessen". En *Zeitschrift für Internationale Beziehung*, n. 7, p. 235-66.
- HABERMAS, Jürgen (1996). *Die postnationale Konstellation. Politische Essays*, Frankfurt, Suhrkamp.

Daniel Innerarity

HELD, David (2000). *A Globalizing World? Culture, Economics, Politics*. London-New York, Routledge.

——— (2005). “Democratic Accountability and Political Effectiveness from a Cosmopolitan Perspective”. En HELD, DAVID y KOENIG-ARCHIBUGI, Mathias. *Global Governance and Public Accountability*. Oxford, Blackwell, p. 240-67.

INNERARITY, Daniel (2004). *La sociedad invisible*. Madrid, Espasa.

JONAS, Hans (1979). *Das Prinzip Verantwortung. Versuch einer Ethik für die technologischen Zivilisation*. Frankfurt, Insel.

KANT, Immanuel (1968). *Zum ewigen Frieden, Werke: Akademie Textausgabe*. Vol. 6. Berlin, De Gruyter.

324

LATOUR, Bruno (1999). *Politiques de la nature*. Paris, La Découverte.

LEMARCHAND, Frédéric (2003). “Vers des sociétés épidémiques?” En DUPONT, Y. (ed.). *Dictionnaire des Risques*. Paris, Armand Colin.

NEYRAT, Frédéric (2004). *Surexposés*. Paris, Lignes & Manifestes.

OLSON, Mancur (1971). *The Logic of Collective Action*. Cambridge. Harvard University Press.

ROBERTSON, Roland (1992). *Globalization. Social Theory and Global Culture*. London, Sage.

SHAW, Martin (1996). *Civil Society and Media Global Crisis*. London, Pinter.

SLOTERDIJK, Peter (1998). *Sphären I. Blasen*. Frankfurt, Suhrkamp.